

las victoriosas lanzas, agrupaba en pródigos collares sus bayas verdinegras, como bélicos frutos de muerte!

¡Quién hubiese podido contemplar aquí a aquel Homero-Aquiles que un día se soñó su propia iliada, y al anochecer del siguiente, se la tenía ya vivida y cantada! En los frontones colosales del Ande, sobre los desfiladeros insignes, este escultor de pueblos pasó tallando el friso de sus hazañas inmortales, y sobre las llanuras, los bajo-relieves esculpidos a bote de lanza, entre su fiero y rítmico galopar de Centauro.

Ese primer reposo tras la fatiga creadora, selló de inmortalidad este retiro. Entretúvose aquí destejendo a las plantas de Amor, la alternada corona de lauros y de espinas.

Tres lustros de victorias y de reveses; de arrebatos febril y laxitudes de angustia; de ávida fe calcinadora y helado soplar de desconsuelo; doseles de la triunfal altura sorbidos súbitamente por las mudas bocas del abismo; la bronceada esclavitud torciéndose en el espasmo de un dolor irredento, mudada luego en la radiosa libertad, sonreída y soberbia; escombros, ayes, ríos de mûrice; cárdenos resplandores de incendio—aureola de las ciudades violadas—; legiones ebrias de victoria, o pávidos tropeles de fugitivos; fûnebres árboles de punición, doblegados al peso de sus frutos de muerte; sabios y santos, mancebos y heroínas descuartizados sobre el estadio pavoroso; odio, amor, ira santa, rabia ciega; anhelo, acometida, resistencia, fracaso, votivas guirnaldas, locuras: todo aquí fué evocado en las ardientes vigiliadas confidenciales y perfumadas. Ese mirador está saturado de grandeza. ¿No advertís que perdura allí todavía el acre olor del león? Este asilo es grande porque lo sublimó su dueño, y hermoso porque lo embelleció con su cariño la caldeada imaginación del amante. Es el templo a que se acogió el libertador de cinco pueblos para repensar su epopeya sobre el regazo de la fatal belleza...

Estas arenas imprimieron las huellas que dejara el acelerado andar del coloso; este murado recinto recogió en sus ángulos el gemido arrullo y el rugido feroz; estas pulidas fuentes desgranaron sus rumbos collares en la serenidad acariciadora del crepúsculo; el alma del soñador diluyó en esta atmósfera su idealidad que vivirá!...

Apagáronse una en pos de otra las notas de aquel himno, y las áureas pomas hinchadas que le cuajó el Destino al héroe, para melificarle los labios sedientos de gloria, fueron, dolorosamente, cayendo de las ramas.

Eclos de lejanas tormentas, marchas precipitadas, arrebatos coléricos, penas del corazón, salivazos, injurias, celosa ingratitud, envidias, extraviada grandeza, rectitud implacable, juvenil demencia, te alejaron, oh Padre, de tu enantes hechizado asilo. Tornaste a él después, mas con el alma desgarrada, en la incurable desolación del tedio, con el arrepentimiento de habernos creado, bajo la indecible tortura del naufrago en la noche. Sobre estos muros donde las antorchas del festín proyectaron, en días abolidos, mannos que se tendieron agitando coronas para ceñir tus sienas de Imperator, el fatídico brazo de Edipo alargábase ahora, armado de la hoja parricida, en busca de tu corazón magnánimo. Y en ese mismo mirador rememoraste entonces, no ya la voluptuosidad de la apoteosis, sino la amargura de ser grande, gustada

gota a gota entre el medroso silencio de las vigiliadas trágicas.

Cuéntase que al amanecer probabas apaciguar tu espíritu, mordido de letal desaliento, sembrando árboles que para ti fueron sin duda confidencias a la tierra, a la tierra que no nos engaña, y retribuye con nectáreos cálices nuestro sencillo y confiado amor. Imagino que al sembrarlos ibas diciendo a cada uno como el dolor judío: «yo te he plantado en medio de mi amargura». Allí están ellos guardando el mirador, asombrando la callada alberca, adusta como un crimen, inconsolable cual una cisterna disipada. Yérguense allí los arduos pinos, erizados al soplo del dolor, en haz apretado y sombrío, adelgazando sus fûnebres ramajes que figuran las negras llamas de la desolación, y nos están contando, entre suspiros, que antes que sembrados, fueron pensados por ti, oh mártir voluntario, por las ajenas desventuras! Esos árboles, tristes como la noche en que apagó su latir un corazón amado—sudan por todos sus poros inconsolables desventuras, y los dejaste allí para eternos testigos de tu sin par melancolía. Allí están señalando el sepulcro de tu anhelo y la urna en que encerraste, todas, todas tus ilusiones.

Llenas y vivificas estos esquivos sitios palpitantes del hábito que tú les infundieras, y al dejarlos una tarde, te desasiste de ellos para siempre: muerta ya la Esperanza, todas las cosas murieron para ti. ¿Eres tú el mismo que llegaste algún día sobre el plaustro de los antiguos triunfadores, que arrastraron vírgenes, y conducido ahora al lento andar del enflaquecido jamelgo—como el dechado de los caballeros andantes—tú, viejo domador de leones acosado de ratas? Oh manchego redivivo, qué bien sombrea tu austera excelsitud el hondo pesar que te anubla! «Qué triste!» dijo alguno mirando un antiguo monumento, delante del gran corso. «Triste como la grandeza!», respondió el guerrero. Triste de grandeza fuiste también bajo tu inseparable dualidad de Príncipe Hamlet y Alonso Quijano.

Alegría es signo de la pequeñez en equilibrio. Tu desorbitada magnitud te mostró siempre taciturno. Tu euforia fué instantánea como el relámpago en la noche. Quien te modele para la posteridad debe sentirte como te sintió Tenerani: triste como la Grandeza!

Enloquecido por la gloria del Macedón, propúsole un día Scopas tallarle en estatua la portentosa mole del monte Athos. Algo mayor ha soñado mi admiración para ti: ¡Tú eres el espíritu que anima otra estatua durante milenios preexistente: el mundo que redimiste! Sólo el Mar de Atlante que presidió tu locura creadora, puede simbolizar, en su tormentosa fecundidad, con ritmo eternamente renovado, tus vastas concepciones germinantes y tu cabeza olímpica. Tan sólo la estupenda figuración andina, de aceradas vértebras y ligamentos de oro, pudiese sustentar tus músculos que, al distenderse, anonadaban, y, en reposo, distancian y defienden, dilatándolos hasta la remota ribera, en que empapan tus plantas las aguas del Pacífico, pedestal de inmortales, imagen de la gloria sin fin que te aguarda, en la incalculable sucesión de los tiempos, en que cada espuma es un día y cada tumbo, un siglo. Cruzados los brazos, en el ciclópeo nudo de la Gran Colombia, escudan al que fuera tu propio corazón palpitante. Los relámpagos evocan tu surcada, tu indomable, tu procelosa frente,